

## **La enfermedad sagrada de laques. Diálogo sobre la ciencia en Alejandría**

José Luis González Recio  
*Universidad Complutense de Madrid*

Estamos en el año 280 a.C., en Alejandría. Aquella ciudad al norte de Egipto que recibió su nombre tras ser fundada por Alejandro Magno cincuenta años antes, y que era gobernada por la dinastía de los Ptolomeos, cuya última representante será Cleopatra algunos siglos después. Por iniciativa de sus reyes, han sido construidos la Biblioteca y el Museo: centro de altos estudios e investigación en Matemáticas, Astronomía, Física y ciencias biomédicas. Euclides, el matemático; Aristarco de Samos, el astrónomo o Herófilo y Erasístrato, anatomistas, fisiólogos y médicos imparten allí sus enseñanzas, estudian, investigan y abren nuevos horizontes a la cultura científica griega, que ya había tenido sus orígenes en el Liceo, en la Academia y en la filosofía natural presocrática. Ningún otro lugar atesoró en la Antigüedad tanta sabiduría, tal cantidad de papiros y fuentes escritas o un número semejante de investigadores. Euclides, Aristarco, Herófilo y Erasístrato fueron sucedidos inmediatamente por Arquímedes, Hiparco, Apolonio y Eratóstenes.

La ciudad se entregaba a una dinámica actividad mercantil facilitada por sus dos puertos. Estaba situada frente a la isla de Faros, que con el tiempo y las múltiples mejoras que se hicieron quedó unida por un largo dique a la costa. El arquitecto que realizó esta obra se llamaba Dinócrates de Rodas. El dique tenía una longitud de siete estadios (equivaliendo cada estadio a 185m). Su construcción conformó dos puertos, uno a cada lado: el Gran Puerto, hacia el este, el más importante; el Puerto del Buen Regreso, al oeste, que es el que continúa utilizándose en la actualidad.

En los amplios muelles del Gran Puerto atracaban barcos que habían surcado el Mediterráneo y el Atlántico. Traían mercancías que se apilaban cuidadosamente: lingotes de bronce de España, barras de estaño de Bretaña, algodón de las Indias, sedas de China. El famoso faro, llamado así por la isla donde Sostrato de Knido lo construyó el mismo año en que tiene lugar nuestra historia, disponía en su cúspide de un fuego

permanentemente alimentado que guió a los navegantes hasta 1340, cuando fue destruida la edificación. Era una ciudad rica. El trazado de las calles, la planificación del alcantarillado, las grandes avenidas —de hasta seis kilómetros— mostraban a sus habitantes y a los extranjeros que la visitaban los criterios de organización racional que regían todos los ámbitos de la vida ciudadana.

En el atardecer de un día de otoño, mientras el gran médico Erasítrato terminaba una disección en el teatro anatómico del Museo, Cleón entró andando apresuradamente en la antesala del recinto donde tenía lugar la anatomía. Jadeante, preguntó por Erasítrato, porque necesitaba verlo con urgencia. Laques, hijo de Trasímaco —opulento comerciante que importaba seda— estaba otra vez enfermo. Había tenido un nuevo ataque de su terrible enfermedad y requería atención médica. Hasta entonces, Trasímaco nunca había solicitado la opinión o los cuidados de Erasítrato. Se conocían, es verdad, de alguna subasta en donde habían coincidido, pero solicitar la ayuda clínica o terapéutica del médico más famoso de la ciudad era algo reservado, casi por completo, a los miembros de la corte. El portero que cuidaba de la entrada al anfiteatro anatómico dijo al emisario de Trasímaco que nadie sin autorización podía entrar en la sala contigua, y menos aún hablar con el maestro de médicos. Tras unas primeras súplicas, Cleón comenzó a vociferar. Justo en ese momento, los testigos de la lección empezaron a abandonar la estancia donde se desarrollaban las prácticas anatómicas y, tras ellos, apareció Erasítrato acompañado por su joven amigo, Cármides, que estudiaba astronomía en el Museo.



Al ver la excitación del extraño y escuchar sus gritos, Erasítrato se dirigió a él y le preguntó:

- ¿Qué te ocurre? ¿Qué significan estas voces? ¿No sabes que estás en un lugar donde el respeto a la vida se aprende en el contacto con la muerte; donde la fuerza creadora de la naturaleza es vislumbrada en cada detalle de la forma humana? ¿Quién te manda venir a romper el silencio reverente con el que acabamos de contemplar los milagros de la *physis*?

Cleón calló de inmediato, para responder un instante después con voz respetuosa y casi inaudible:

- Trasímaco, mi señor, a quien conoces, me envía para que te suplique que acudas a su casa. Laques, su único hijo, hace tiempo que padece la enfermedad sagrada. Hoy ha sufrido dos ataques y está inconsciente. Mi señor y su esposa, Cinthia, no saben qué hacer. Nunca los había visto tan turbados. La madre no ha dejado un solo instante de llorar desde esta mañana. Los dioses han elegido a Laques para saciar su ira. Mi joven señor ha tenido espantosas convulsiones varias veces durante el día, su cara ha adquirido horribles muecas y orina y defeca sin control, como un recién nacido.

- Recuerdo a Trasímaco, tu señor. ¿No ha visto a su hijo ningún terapeuta antes? –dijo Erasítrato–.

El criado contesto:

- Sí, maestro, pero ninguno ha sido capaz de curarlo. Por eso Trasímaco acude a ti.

Erasítrato miro a su amigo Cármides sin hablarle, y dijo a Cleón:

- Ve delante indicándonos el camino. Nosotros seguiremos tus pasos hasta la casa de Trasímaco.

Erasítrato había realizado numerosas aportaciones a la Medicina, si bien su principal legado fue la descripción precisa de las cuatro válvulas cardíacas y su

coordinación funcional. Como técnico, ideó un embriotomo para seccionar el feto muerto en el útero materno e inventó un catéter para drenar la vejiga. Además de valerse de la dieta y del ejercicio en cuanto recursos terapéuticos, fue prolijo en el uso de diversos fármacos, y en la práctica de la flebotomía (la sangría) y de la laparotomía<sup>1</sup>. Pensó que la Naturaleza sigue un plan en la génesis y en la conservación de los organismos que crea. Dotaba a su patología y a su terapéutica de un enfoque analítico, más propio del atomismo mecanicista que del finalismo aristotélico. Dicho atomismo le llevaba también a entender los movimientos vitales —en los que se resumen los procesos fisiológicos— como la consecuencia del desplazamiento de los corpúsculos materiales en el interior del organismo, debido a la influencia del calor externo.

Cármides preguntó al famoso médico, mientras abandonaban el Museo, qué podía hacerse contra una enfermedad tan terrible. Éste, ya en la calle, comenzó a hablar despacio a su amigo astrónomo, eligiendo un lenguaje que pudiera entender. Seguían despacio a Cleón, pues Erasítrato caminaba tranquilo; lo que obligaba a que el criado se detuviera una y otra vez para esperarlos. Los artesanos de Alejandría recogían sus puestos en la calle y la ciudad comenzaba a entrar en la tranquilidad que anunciaba la noche. Ésta fue la breve lección que el fisiólogo y anatomista dio a su compañero:

- Hace siglos que Hipócrates nos enseñó algo importante sobre la enfermedad que llaman sagrada. En nada es más divina o sagrada que las otras, ya que tiene una naturaleza propia como las demás enfermedades. Los hombres consideraron divino su fundamento por su inexperiencia, por el asombro que les provocaba. Pero como el médico de Cos advertía, si este mal va a ser considerado con origen en causas divinas por lo asombrosos que resultan sus síntomas, asimismo las fiebres, por ejemplo, habrían de ser concebidas sagradas. También Hipócrates y sus discípulos advirtieron que los primeros en sacralizar esta enfermedad fueron magos, purificadores, charlatanes o embaucadores que aparentaban ser piadosos y saber más que el resto de sus conciudadanos. Sin embargo, lo que hacían en realidad era esconder su incapacidad,

---

<sup>1</sup> Cf. D. Escarpa, “La salud y la enfermedad en el templo de Asclepio”, en J.L. González Recio (ed.), *Átomos, almas y estrellas. Estudios sobre la ciencia griega*. Villaviciosa de Odón, Plaza y Valdés, 2007, p. 224.

puesto que no tenían remedio del que servirse. Para no poner en evidencia que nada sabían, llamaron sagrada a esta afección<sup>2</sup>.

- Pero ni en la época de Hipócrates ni menos en la nuestra –continuó Erasítrato– podemos dejar actuar a los farsantes. La medicina hace tiempo que tiene todo lo que necesita para ser un arte. Y ha descubierto un punto de partida y un método con el que se han hecho muchos descubrimientos. Los demás se irán consiguiendo en el futuro, si el que está bien formado parte de ellos en su investigación<sup>3</sup>.

Cleón volvió la cabeza mirando con ansiedad a los dos científicos, que le seguían con paso lento. Cármides interrumpió a Erasítrato con estas palabras:

- ¿Es ese método la experiencia? La astronomía hace mucho tiempo también que trabaja con observaciones repetidas, reunidas a lo largo de cientos de años, pero la enseñanza de Platón nos hizo patente que la Ciencia es algo más. Aquí, en Egipto, e igualmente en Babilonia, ya se predecían los eclipses y se conocía la repetición cíclica de las estaciones coincidiendo con el curso del Sol por la eclíptica. No obstante, nuestra ciencia ha revelado la razón de lo que observamos. Es un sistema regido por principios bien establecidos que nos hablan de lo que percibimos brindándonos sus causas. ¿Puede la medicina hacer eso mismo?

Erasítrato respondió convencido:

- No existe ciencia médica sin observación y experiencia, mas tampoco existe si sólo contamos con ellas. El médico trabaja con síntomas, igual que vosotros lo hacéis con los movimientos que se dan en el cielo. Sin embargo, el terapeuta ha de entrar en los secretos de la *physis*, con el propósito de descubrir cuáles son las causas de los signos que acompañan a las enfermedades. Cada padecimiento posee una naturaleza propia cuya esencia hemos de descubrir. Los médicos hipocráticos de Cos o los médicos de Cnido cumplieron ya esta exigencia. Concebían el cuerpo humano y sus actividades

---

<sup>2</sup> Cf. *Sobre la enfermedad sagrada*, §1, en *Tratados Hipocráticos*, vol. I, edición a cargo de Carlos García Gual, Madrid, Gredos, 1983, p. 399.

<sup>3</sup> Cf. *Sobre la medicina antigua*, § 2, en *Tratados Hipocráticos*, vol. I, edición a cargo de M<sup>a</sup> Dolores Lara Nava, Madrid, Gredos, 1983, p. 138.

como una totalidad indivisible y orgánica regida por la presencia de los cuatro humores y el aire. La enfermedad era para ellos consecuencia de la pérdida del equilibrio necesario entre las proporciones de sangre, de flema, de bilis amarilla y de bilis negra. Creyeron que cuando una de estas sustancias predomina sobre las demás se produce el mal.

Cármides sentenció entonces:

- Veo que vuestra ciencia se parece a la nuestra más de lo que había imaginado, porque ambas descansan en la idea de armonía. La armonía celeste, soportada por el círculo, la esfera y la uniformidad; la armonía del microcosmos humano, reposando sobre el equilibrio estable de los humores...

- Así es, querido amigo –dijo Erasítrato–. Tras el mundo que conocemos por nuestros sentidos, hay otro más profundo que espera ser descubierto y sobre el que debemos investigar. Piensa en este mismo movimiento que supone nuestro caminar hacia la casa de Trasímaco. ¿Cómo es posible? ¿Qué milagro de la Naturaleza nos permite desplazarnos a voluntad hacia la meta que buscamos? Voy a explicártelo, como ejemplo de lo alcanzado por la fisiología. Los alimentos que comemos se transforman en una sustancia líquida que desde el intestino llega al hígado. Allí, ésta se convierte en sangre. Por ello es el hígado un órgano tan importante. La sangre asciende después a la parte derecha de nuestro corazón –a su habitáculo superior–, para descender luego al inferior y más tarde subir a los pulmones por la vena arteriosa. Este movimiento de la sangre se repite millones de veces durante nuestra vida. De modo mucho más pausado, gotas de la sangre que hay en la parte derecha del corazón pasan a la parte izquierda, a través de pequeñísimos poros que perforan la pared intermedia. Al tiempo que todo esto se produce, el aire que inhalamos llega a la aurícula izquierda por la arteria venosa que nace en los pulmones. Desciende a continuación a la cavidad inferior y se mezcla allí con las gotas de sangre que habían pasado desde el lado derecho. La mezcla producida recibe el nombre de espíritus vitales, porque, al igual que el éter cósmico parece dar vida y armonía al universo, este compuesto, que las arterias conducen a todos los rincones del organismo, da vida a los seres humanos.

- Sigue, Erasítrato –le pidió Cármenes lleno de interés—. Sin duda, al final de tu explicación entenderé por qué nos movemos.

- Lo comprenderás muy pronto –contestó el médico–, ya que los espíritus vitales llegan al cerebro por una rama de la arteria magna y, dentro de él, experimentan una depuración que los convierte en gases muy sutiles. Son lo que hemos dado en llamar espíritus animales. Pues bien, Cármenes, ese vapor sutilísimo alcanza los músculos a través de los nervios que unen el cerebro con ellos. En realidad, inflan y tensan los músculos haciendo que nos movamos o, expresándolo con mayor detalle: bajo la acción que producen nuestros deseos de movernos, los espíritus vitales abandonan el cerebro por los nervios, hasta llegar a los músculos de las extremidades que nos proponemos mover.

Cleón volvió la cabeza impaciente y rogó a los dos amigos que se apresurasen. Sin duda, sus señores debían estar angustiados por la espera.

Con admiración, Cármenes preguntó:

- ¿Y cómo consigue nuestra voluntad provocar la salida de los espíritus animales del cerebro?

Sonriendo, Erasítrato le dijo:

- Eso es aún un misterio para nuestra ciencia. Pero date cuenta de que si yo te pregunto qué hace al éter y a todo lo que está compuesto de él, y al cielo entero, moverse en círculo, tampoco serás tú capaz de darme una auténtica contestación, ¿o me equivoco?

- Ciertamente no –reconoció Cármenes—. Parece, entonces, que incluso la Ciencia siempre tropieza con el misterio; que es más una travesía que un puerto seguro al que llegamos. Déjame que te pregunte otra cosa ahora: ¿no crees que los asuntos humanos y los del cielo están unidos estrechamente? No me refiero a los presagios de los adivinos ni a los signos que en el cielo ven quienes has llamado charlatanes. Hablo de los que, como Empédocles o Diógenes y otros médicos, exigían a su medicina

basarse en conocimientos más amplios, más ocultos sobre el hombre y el cosmos, para fijar los fundamentos de su arte.

Erasístrato, que empezó a acelerar el paso, miró con cara sombría al astrónomo y le contestó:

- El lenguaje de todos aquellos a quienes tú mencionas tiende hacia la especulación desatada. En efecto, en sus tratados sobre la naturaleza han querido explicar cómo llegó a existir el hombre o cosas parecidas. Por mi parte, pienso que todo lo que han escrito pertenece más a la literatura que a la medicina. Quienes han pretendido hablar sobre ésta, basando su explicación en principios como “lo caliente y lo frío” o “lo húmedo y lo seco”, cometen errores de bulto en sus afirmaciones por querer reducir al mínimo las causas de las enfermedades y de la muerte del hombre, atribuyendo a todas el mismo motivo y basándose en uno o dos lemas. Pero semejantes postulados son vacíos, y la medicina no tiene necesidad de ellos. Se refieren a cosas invisibles y oscuras, respecto de las cuales, si uno afirma conocer cómo son, no hay evidencia que permita asegurar su verdad o su falsedad. El que, rechazando y despreciando el método de la observación, intenta investigar con otro método, se engaña a sí mismo y engaña a los demás<sup>4</sup>.

Cleón anunció nervioso:

- Es allí, ya llegamos.

Cincuenta metros a la derecha de la avenida que recorrían en esos momentos se alzaba una casa con amplia entrada. En ella, Trasímaco –padre del enfermo– esperaba angustiado la llegada de Erasístrato. Cleón corrió hacia su señor con intención de explicarle que había conseguido que el maestro médicos del Museo viera a Laques. Los dos científicos no tardaron en estar frente a Trasímaco. Erasístrato puso sus manos sobre los hombros del rico comerciante y le dijo:

- No temas, Trasímaco. La enfermedad de tu hijo siempre ha espantado a los hombres por la severidad de sus síntomas, pero ni es mortal ni sagrada. Conocemos

---

<sup>4</sup> *Ibid.*



hace tiempo su causa. Haremos que Laques recupere la salud. Cuéntame ahora cómo empezaron sus manifestaciones y cuáles han sido los síntomas que se han hecho presentes en tu hijo.

Trasímaco, que había cogido las manos de Erasítrato, más sosegado, habló así:

- Nunca podré agradecerte suficientemente tu disposición, maestro. El que estés aquí hace que la esperanza renazca en mí. Ni aun dándote toda la seda que pueda vender el resto de mi vida podría pagar tu visita. Todo empezó esta mañana. Laques había dejado su lecho como cualquier otro día. Sin embargo, su cara estaba algo pálida. Parecía asustado o ausente. No me saludó al verme con el afecto que siempre me expresa. De súbito, cayó al suelo. Como en otras ocasiones, quedó inconsciente y empezó a sufrir terribles convulsiones en todos sus miembros. Tenía el rostro desencajado. Llamé a los criados, que me ayudaron a acostarlo.

Erasítrato, con un gesto de su mano indicó al dueño de la casa que debían entrar. Cleón se apartó, mientras Trasímaco, Erasítrato y Cármides atravesaban el patio que daba acceso a la vivienda. El médico preguntó a Trasímaco:

- ¿Cuándo recuperó la conciencia?

- Diez minutos más tarde –contestó aquél–.

- Tu siervo me ha hablado de otro episodio –inquirió Erasítrato–.

- Así es. Laques no abandonó su lecho durante todo el día. Parecía apagado, presa del temor, como si adivinara que no había concluido su padecimiento. Al caer la tarde, cuando parecía estar más tranquilo, quedó con la mirada fija en el techo unos minutos, volvió a perder la conciencia y las convulsiones, más enérgicas que las de la mañana, regresaron. Creí enloquecer, maestro. Nunca lo había visto así. Tras un tiempo que no puedo precisar, los movimientos de sus miembros cesaron. Poco después me di cuenta de que se había orinado en la cama, que también estaba manchada por las heces. No sabía que hacer, hasta que se me ocurrió mandar a Cleón para que te buscara. Sé que sólo tratas a los miembros de la corte, pero el temor de un padre por la vida de su hijo es capaz de vencer todos los obstáculos que la prudencia impone.

- Lo sé, Trasímaco. Has hecho lo que debías –contestó Erasítrato–. ¿Dónde se encuentra tu hijo?

Entraron en las amplias estancias que componían la mansión. Al oírlos, Cinthia fue a grandes pasos hacia ellos entre sollozos. Trasímaco, señalando a Erasítrato, le anunció:

- Ha venido. Tenemos la ayuda del primer médico de Alejandría.

Cinthia saludó al maestro, al tiempo que caminaban hacia la habitación de Laques. Cuando estuvieron frente a ella, Erasítrato pidió a los padres que permaneciesen fuera e invitó a Cármides a entrar con él. El enfermo permanecía acostado. Al entrar los desconocidos, les preguntó:

- ¿Quiénes sois?

Acercándose a la cama, Erasítrato le respondió:

- Soy Erasítrato, médico del Museo. ¿Cómo te encuentras?
- Estoy muy cansado –dijo Laques–. Desearía dormir, pero no puedo.

Erasítrato colocó el dorso de su mano derecha sobre el pecho de Laques, con la intención de sentir su calor. Después separó los párpados de sus ojos para ver si en ellos predominaba la sangre o la bilis. Tomó luego una mano del joven, la lamió y observó el aspecto de la piel. Le hizo abrir la boca para examinar su interior. Olió el aliento del enfermo, escrutó sus fosas nasales, volvió a colocar ahora la palma de la mano sobre el corazón de Laques para percibir sus latidos, probó unas gotas del sudor que resbalaba por su frente y, volviéndose hacia Cármides, que contemplaba al médico sin atreverse a hablar, le dijo:

- Pide a la madre las sábanas que antes ha ensuciado.

Cármides abandonó la habitación, y unos instantes después regresó con las sábanas. Erasítrato las exploró cuidadosamente. Olió los restos de los excrementos y, dirigiéndose a Laques, le dijo:

- Escucha bien, Laques. Tu enfermedad se origina de las mismas cosas que las demás, es decir, del frío, del sol, y de los vientos que cambian y que nunca son estables. Esas son cosas divinas, en efecto, de modo que en nada hay que distinguir esta dolencia y considerar que es más divina que las restantes, sino que todas ellas son divinas y humanas. Cada una tiene su naturaleza y su poder en sí misma, y ninguna es desesperada ni intratable<sup>5</sup>. La mayoría pueden remediarse mediante esas mismas cosas en las que tienen su origen. Es preciso, pues, tanto en ésta como en las otras enfermedades, no aumentar las dolencias, sino eliminarlas, administrando lo más contrario a la enfermedad en cada caso, y no lo más afín. Pues con lo afín se desarrolla y aumenta, y por efecto de lo contrario se consume y extingue. En suma, ya que tu mal es causado por la humedad y el frío, habrás de respirar aire cálido y seco guardando reposo unos días. Recomendaré a tu padre que ordene encender pequeños fuegos en los extremos de esta habitación. Descansa, pues, porque con este remedio cesarán los ataques.

Laques quedó algo más tranquilo. Erasítrato y Cármides salieron de la habitación, tras cuya puerta aguardaban los padres. Cinthia empezó a hablar apresuradamente al ver al médico:

- Maestro, me siento culpable, porque ayer di de comer salmonetes a Laques. Sé que, como la cabra, el cerdo y la tórtola son muy dañinos para los que padecen la enfermedad de mi hijo<sup>6</sup>. Hacía ya bastante tiempo que no sufría ningún ataque, por lo que pensé que no debía preocuparme. Ahora sé que hice mal y que fui muy imprudente.

Trasímaco, su esposo, la interrumpió con estas palabras:

- No te culpes Cinthia, tú no eres responsable de lo ocurrido. Lo son las costumbres de nuestro hijo: su hábito de vestir ropa negra y pieles de cabra.

---

<sup>5</sup> Cf. *Sobre la enfermedad sagrada*, § 1-2, en *o.c.*, pp.399-400.

<sup>6</sup> Cf. *Sobre la enfermedad sagrada*, § 2, en *o.c.*, pp. 400-401.

- Calmaos los dos –intervino Erasístrato–. La enfermedad de vuestro hijo se produce porque la flema penetra en las venas e impide que el aire llegue al cerebro. Cuando las venas quedan obstruidas por la flema y no pueden recibir el aire, el enfermo pierde la voz y el razonamiento. Pero luego, al dispersarse el flujo por el calor de la sangre, y al volver las venas a recibir el aire, los pacientes recobran el entendimiento. La agitación de los miembros obedece a que ni la sangre ni el aire circulan libremente. Como os decía, al cerrarse el camino del aire hacia el cerebro, los que padecen esta enfermedad pierden la conciencia. Nuestros placeres y gozos no proceden de otro lugar sino del cerebro, y lo mismo las penas y las amarguras, los sinsabores y los llantos. Y por él, precisamente, razonamos e intuimos y vemos y oímos, pese a que algunos hayan creído que pensamos con el corazón y que éste es el órgano que se aflige y se preocupa. No escuchéis ni os dejéis impresionar por los relatos fantásticos. Ni los salmonetes ni las tórtolas ni las pieles o los vestidos usados son causa de la enfermedad de Laques. Su mal, como cualquier otro, tiene un origen natural y un remedio natural. Debéis lavar su cuerpo con agua caliente, secándolo después con todo esmero. Encended dos fuegos en su habitación, de modo que en ella se mantenga un ambiente cálido y seco. Mantenedlo así tres días. Para entonces estará recuperado del todo.

Los esposos quedaron callados. Cinthia, tras dudarlo unos segundos, cogió la mano de Erasístrato y la besó. Trasímaco, durante la espera, había ido a por un cofre que contenía varias piezas de oro y que ofreció al maestro de médicos. Éste, lo rehusó sin apartar la mirada del padre de Laques. Con voz calmada le dijo:

- Soy yo, Trasímaco, quien debe estarte agradecido. Has hecho posible que cumpla una de las principales obligaciones y disfrute de uno de los gozos más vivos de los asclepiadas: curar enseñando. Quedad todos en paz.

Sin añadir nada más, Erasístrato salió de la casa en compañía de Cármides. Éste, apenas habían dado unos pasos, preguntó al médico:

- ¿No es, la explicación que les has dado, enteramente hipocrática?

- Lo es –contestó Erasítrato–, pero resulta muy a la medida de su capacidad de comprensión, pues todo hombre de nuestro tiempo ha oído hablar alguna vez de los humores. Por otra parte, la medicina no ha encontrado todavía una explicación definitiva y segura para esta enfermedad. Los seguidores de hipócrates no practicaban la disección y tenían muy escasos conocimientos de anatomía; pensaban que por las venas circulaba tanto sangre como aire o flema; no distinguían, pues, las venas de las arterias, al tiempo que su farmacopea o su cirugía eran extremadamente limitadas. No obstante, fueron verdaderos practicantes de la Ciencia, porque sólo admitían explicaciones naturales cuando intentaban buscar la razón de los fenómenos también naturales. Pienso, en realidad, que la oclusión de los nervios que parten del encéfalo y de la médula es la causa de la enfermedad que el vulgo o los ignorantes llaman sagrada, puesto que esa oclusión impide la llegada de espíritus animales a los músculos. Y, a la vez, su acumulación en la *rete mirabile* del cerebro produce la pérdida de la conciencia. Mas ésta es una explicación para médicos, y no para comerciantes. Desconocemos todavía hoy qué produce la obstrucción, pero sí sabemos que los nervios son tubos huecos que se dilatan con el calor. Por eso el ambiente seco y el calor, que hacen aumentar el espacio interior de los nervios, son beneficiosos para la enfermedad, al abrir el paso a los espíritus animales.
  
- Tus palabras, Erasítrato, me recuerdan lo acaecido en mi ciencia respecto al cambio de luminosidad de los planetas –dijo Cármides–. Hubo un tiempo en que fenómeno tan singular sólo podía entenderse admitiendo que las estrellas errantes brillaban con diferente fuerza en las distintas porciones de sus trayectorias. Situada la Tierra en el centro de las órbitas circulares de los planetas, sólo cabía entenderlo como una modificación en la intensidad de la luz que emitían. La geometría del cielo ha encontrado más tarde otra explicación: tal vez la Tierra esté algo desplazada del centro de la circunferencia recorrida por los planetas o, dicho de otra forma, quizá la trayectoria de éstos sea algo excéntrica. Eso puede explicar el cambio de

luminosidad, que ahora es sólo aparente y obedece a que los planetas no siempre están a la misma distancia de la Tierra. No mencionaré, lejos ya de este problema, conjeturas tan atrevidas como las de Aristarco, que seguro conoces, y que hacen del Sol el centro del cosmos.

- La Naturaleza entera –Cármides– se nos ofrece como una pregunta ilimitada que nos sobrecoge y nos alienta a indagar. La Ciencia es esa búsqueda tal vez sin final, aunque perfectible –añadió Erasítrato–.

Cármides quedó pensativo unos momentos. Luego dejó que su voz fuese vehículo de sus pensamientos:

- Átomos, almas, estrellas nos ocultan sus secretos y, al tiempo, nos invitan a descubrirlos. Creo –Erasítrato– que si ésta es la condena del hombre, puede decirse que es una bella condena.

Los dos amigos bajaban hacia el puerto por calles inclinadas y solitarias. La noche se había hecho dueña de la ciudad y el fuego del faro anunciaba a los navegantes que Alejandría estaba allí, abierta al Mediterráneo y al conocimiento.!

